

➤ *Domingo 2º de Cuaresma (2011), Año A. La Transfiguración de Cristo tiene por finalidad fortalecer la fe de los apóstoles ante la proximidad de la Pasión. Nosotros debemos buscar el rostro de Cristo para ser fortalecidos en las pruebas de la vida. Para llegar a la madurez en la fe, paso a paso, también a través del amor y de la fatiga, de la donación, del morir a nosotros mismos. El Señor puede contar con tiempos largos. En el centro de nuestra fe, de nuestra liturgia, de nuestra espiritualidad, debe brillar por encima de todos y de todas las cosas, el rostro de Cristo: él debe ofuscar las «devocionalismos fáciles», debe confundir las degeneraciones de las diversas sectas, debe llevar lejos del oscuro abismo de las supersticiones».*

❖ Cfr. 2º Cuaresma A 2011 – 20 marzo 2011

Mateo 17, 1-9 (La Transfiguración); Génesis 12, 1-4a; 2 Tm 1, 8b-10

Este es mi Hijo amado: escuchadle

Mateo 17, 1-9: 1 Seis días después [de la primera predicción de su Pasión] , Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a un monte alto. 2 Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. 3 Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. 4 Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: -«Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» 5 Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: -«Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido: escuchadle.» 6 Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: -«Levantaos, no temáis.» Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

1. Explicación del episodio de la transfiguración (Mt 17, 1-9).

❖ La Transfiguración de Cristo tiene por finalidad fortalecer la fe de los apóstoles ante la proximidad de la Pasión.

a) Catecismo de la Iglesia Católica:

- n. 568: “La Transfiguración de Cristo tiene por finalidad fortalecer la fe de los apóstoles ante la proximidad de la Pasión: la subida a un «monte alto» prepara la subida al Calvario. Cristo, Cabeza de la Iglesia, manifiesta lo que su cuerpo contiene e irradia en los sacramentos: «la esperanza de la gloria» (Colosenses 1, 27). (Cf S. León Magno, serm. 51, 3)”.

- n. 555: *Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro.* Muestra también que para «entrar en su gloria» (Lucas 24, 26), es necesario pasar por la Cruz en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías (Cf Lucas 24, 27). La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del Padre: el Hijo actúa como siervo de Dios (Cf Is 42, 1). La nube indica la presencia del Espíritu Santo: «Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa» (S. Tomás de A., s. th. 3, 45, 4, ad 2).

b) El episodio es narrado también por Marcos (9, 2-13) y por Lucas (9,28-36). Y también habla de él San Pedro en su segunda carta (1, 16-18). Mateo coloca su narración del episodio entre los dos anuncios de la Pasión por parte del Señor (16, 21-23 y 17, 22-23). Sabemos por el Evangelio que algunos de los discípulos se sintieron desconcertados y desanimados ante el anuncio que había hecho Jesús sobre su pasión y muerte, antes del episodio de la Transfiguración. Ese desánimo desaparece cuando participan en la Transfiguración: la Luz de la Gloria les confirmó que Jesús era el Salvador, el Cristo, el Mesías. La Transfiguración es un anticipo de la Resurrección.

c) Recordemos la reacción de S. Pedro ante el primer anuncio de la Pasión del Señor (16, 21-23: «21 Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y padecer mucho por causa de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y ser llevado a muerte y resucitar al tercer día. 22 Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprenderle diciendo: «¡Dios te libre, Señor! ¡De ningún

modo ocurrirá eso!» 23 Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Apártate de mí, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque no sientes las cosas de Dios sino la de los hombres. (Mt 16, 21-23).

d **De los sermones de S. León Magno (400-461), papa (Sermón 51, 3-4.8: PL 54, 312-311.313).** Sin duda esta transfiguración tenía sobre todo la finalidad de quitar del corazón de los discípulos el escándalo de la cruz, a fin de que la humillación de la pasión voluntariamente aceptada no perturbara la fe de aquellos a quienes había sido revelada la excelencia de la dignidad oculta. Más, con igual providencia, daba al mismo tiempo un fundamento a la esperanza de la Iglesia, ya que todo el cuerpo de Cristo pudo conocer la transformación con que él también sería enriquecido, y todos sus miembros cobraron la esperanza de participar en el honor que había resplandecido en la cabeza.

e **Juan Pablo II, en su último documento sobre el Rosario**¹, propone la Transfiguración del Señor como uno de los misterios de Luz, y resalta la misma finalidad del Catecismo, es decir, que los discípulos se dispongan con la Transfiguración a vivir con Él el momento doloroso de la Pasión: “Misterio de luz por excelencia es la Transfiguración, que según la tradición tuvo lugar en el Monte Tabor. La gloria de la Divinidad resplandece en el rostro de Cristo, mientras el Padre lo acredita ante los apóstoles extasiados para que lo «escuchen» (cf. Lc 9, 35 par.) y se dispongan a vivir con Él el momento doloroso de la Pasión, a fin de llegar con Él a la alegría de la Resurrección y a una vida transfigurada por el Espíritu Santo” (n. 21).

f Con el hecho extraordinario de la Transfiguración, Jesús quiere hacer entender a sus discípulos que su Pasión no será la realidad última de su vida en la tierra, sino una etapa para llegar a la gloria de la Resurrección. Por ello manifiesta a los discípulos que fueron con Él al monte, el misterio de su identidad y de su gloria. Quiere prevenirlos y fortalecerlos en la fe. A través del hecho de la transfiguración podían vislumbrar su gloria después de la resurrección. Prefacio Cuaresma 2º domingo: “Porque Cristo nuestro Señor, después de anunciar su muerte a los discípulos, les mostró en el monte santo el esplendor de su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la ley y los profetas, que la pasión es el camino de la resurrección”.

❖ La Transfiguración: Jesús se presenta de un modo diverso.

Con el término «transfiguración» se quiere decir que Jesús se presenta de modo diverso, transfigurado, es decir, más allá (*trans*) de su aspecto habitual. Ante la imposibilidad de expresar con palabras los hechos, las sensaciones, las emociones y los sentimientos sobre el hecho acaecido, el evangelista recurre a imágenes: el rostro de Jesús “se puso resplandeciente como el sol”, y sus vestidos se pusieron “blancos como la luz”. La presentación que se hace, recuerda a Moisés quien se encuentra con Dios (en un monte, el Sinaí) en medio de la nube (Ex 24, 15-18), que baja del monte con la piel de su rostro radiante (cfr. Ex 34, 29). La luz es símbolo de la presencia divina. La transfiguración es manifestación de la divinidad, que habitualmente estaba escondida detrás de su humanidad.

❖ Por qué Jesús les ordena que no cuenten a nadie ese episodio.

Nos encontramos también con la recomendación que el Señor hace a sus discípulos después de la transfiguración: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos». Es como una orden que encontramos frecuentemente en el Evangelio después de algún milagro ... Esta actitud de Jesús ha sido interpretada como un modo de evitar una publicidad superficial con el riesgo de un malentendido por lo que se refiere a los milagros: no sólo porque Jesús no quería ser exaltado como un mesías político (recordemos que alguna vez después de un milagro querían hacerlo rey), sino también porque no quería ser confundido con un curandero o brujo; pero, sobre todo, porque en el desarrollo de su misión había etapas, y una de ellas, era ciertamente el paso por la cruz: esto es lo que dice el Señor a los discípulos de Emaus: «¡Necios y torpes de corazón para creer todo lo que anunciaron los Profetas! ¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?» (Lc 24,26).

❖ La explicación que da San Pedro en su segunda Carta.

S. Pedro en su segunda carta se refiere al hecho de la transfiguración, diciendo que fue testigo que vio con sus ojos “la majestad de Cristo”, “que recibió de Dios Padre honor y gloria”. 2 Pedro 1, 16-19: “Os hemos dado a conocer el poder de la Venida de nuestro Señor Jesucristo, nos siguiendo fábulas ingeniosas, sino después de haber visto con nuestros propios ojos su majestad. Porque recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: «Este es mi Hijo muy amado en quien me complazco».

¹ Carta Apostólica «Rosarium Virginis Mariae», 16 octubre 2002

Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con él en el monte santo. Y tenemos así mejor confirmada la palabra de los profetas, a la que hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que alumbraba en la oscuridad, hasta que alboree el día y el lucero de la mañana amanezca en vuestros corazones”.

- ❖ Aplicación a nuestra vida cristiana: debemos pasar por la cruz para llegar con Jesús a participar de su gloria.

a) cfr. Maisa Milazzo, *Omellie-temi di predicazione*, 30 Nuova serie, Ciclo A, p. 37. **Sucede lo mismo en nuestra vida cristiana:** nos podemos perder en la búsqueda de soluciones mágicas o adivinanzas, o bien buscando métodos de persuasión, como si la evangelización fuese una cuestión de marketing, sin apreciar la madurez en la fe, paso a paso, también a través del amor y de la fatiga, de la donación, del morir a nosotros mismos. El Señor puede contar con tiempos largos ...

b) **De los Sermones de S. León Magno, ibidem:** “A este respecto, el mismo Señor había dicho, refiriéndose a la majestad de su advenimiento: *Los santos brillarán entonces como el sol en el reino de su Padre* (Mt 13,43). Y el apóstol san Pablo afirma lo mismo, cuando dice: *Considero que los trabajos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá* (Rm 8,18); y también: *Porque habéis muerto y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios: cuando se manifieste Cristo, que es vuestra vida, os manifestaréis también vosotros con él revestidos de gloria* (Col 3, 3.4).”

2. **Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido: escuchadle (v. 5)**

- ❖ En el centro de la fe, de la liturgia y de la espiritualidad, debe brillar el rostro de Cristo.

Gianfranco Ravasi, Secondo le Scritture, Anno A, Piemme 1995, p. 69. “En el Evangelio esta voz resuena con las mismas palabras en tres escenas, dispuestas simétricamente de modo que constituyen como un hilo conductor narrativo en la existencia terrena de Cristo. Al inicio (Mt 3), en el bautismo, cuando la voz celeste proclama la misma declaración sobre Cristo inmerso en las aguas del Jordán. En el centro del camino terreno de Jesús, en la Transfiguración, la voz confirma el misterio que se oculta en el hombre Jesús, residente en Nazaret y predicador ambulante por los caminos de Palestina. Al final del Evangelio, cuando Cristo es elevado en la cruz delante del mundo, un centurión romano será quien proclame el verdadero secreto de Jesús que había sido anunciado antes desde el cielo: «En verdad éste era Hijo de Dios» (Mt 27,54). Por tanto, esa voz contiene el Credo que Dios nos revela y que la Iglesia profesa. En el centro de nuestra fe, de nuestra liturgia, de nuestra espiritualidad, debe brillar por encima de todos y de todas las cosas, el rostro de Cristo: él debe ofuscar las «devocionalismos fáciles», debe confundir las degeneraciones de las diversas sectas, debe llevar lejos del oscuro abismo de las supersticiones”.

- ❖ Contemplación del rostro de Cristo en la Escritura. El testimonio de los Evangelios es una visión de fe basada en un testimonio histórico preciso

Juan Pablo II, Carta Apostólica Novo millennio ineunte, 6 enero 2001, n. 17: La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura que, desde el principio hasta el final, está impregnada de este misterio, señalado oscuramente en el Antiguo Testamento y revelado plenamente en el Nuevo, hasta el punto que san Jerónimo afirma con vigor: « Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo » (« *Ignoratio enim Scripturarum ignoratio Christi est* »: *Comm. in Is., Prol.: PL 24, 17*). Teniendo como fundamento la *Escritura*, nos abrimos a la acción del Espíritu (cf. *Jn 15,26*), que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al *testimonio de los Apóstoles* (cf. *ibíd.*, 27), que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la Palabra de vida, lo vieron con sus ojos, lo escucharon con sus oídos y lo tocaron con sus manos (cf. *1 Jn 1,1*).

Lo que nos ha llegado por medio de ellos es una visión de fe, basada en un testimonio histórico preciso. Es un testimonio verdadero que los Evangelios, no obstante su compleja redacción y con una intención primordialmente catequética, nos transmitieron de una manera plenamente comprensible (Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 19).

- ❖ A Jesús se llega por la fe. Es necesaria una gracia de « revelación » que viene del Padre. A la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia.
 - **Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio**

Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 6 enero 2001, nn. 19-20: 19 A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Cesarea de Filipo (cf. *Mt* 16,13-20). A los discípulos, como haciendo un primer balance de su misión, Jesús les pregunta quién dice la « gente » que es él, recibiendo como respuesta: « Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas » (*Mt* 16,14). Respuesta elevada, pero distante aún —¡y cuánto!— de la verdad. El pueblo llega a entrever la dimensión religiosa realmente excepcional de este *rabbí* que habla de manera fascinante, pero que no consigue encuadrarlo entre los hombres de Dios que marcaron la historia de Israel. En realidad, ¡Jesús es muy distinto! Es precisamente este ulterior grado de conocimiento, que atañe al nivel profundo de su persona, lo que él espera de los « suyos »: « Y vosotros ¿quién decís que soy yo? » (*Mt* 16,15). Sólo la fe profesada por Pedro, y con él por la Iglesia de todos los tiempos, llega realmente al corazón, yendo a la profundidad del misterio: « Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo » (*Mt* 16,16).

20. ¿Cómo llegó Pedro a esta fe? ¿Y qué se nos pide a nosotros si queremos seguir de modo cada vez más convencido sus pasos? Mateo nos da una indicación clarificadora en las palabras con que Jesús acoge la confesión de Pedro: « No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos » (16,17). La expresión « carne y sangre » evoca al hombre y el modo común de conocer. Esto, en el caso de Jesús, no basta. Es necesaria una gracia de « revelación » que viene del Padre (cf. *ibíd.*). Lucas nos ofrece un dato que sigue la misma dirección, haciendo notar que este diálogo con los discípulos se desarrolló mientras Jesús « estaba orando a solas » (*Lc* 9,18). Ambas indicaciones nos hacen tomar conciencia del hecho de que a la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. Sólo *la experiencia del silencio y de la oración* ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio, que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan: « Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad » (*Jn* 1,14).

- ❖ Un programa para nuestra vida: Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia.

Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 6 enero 2001, n 29: « He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo » (*Mt* 28,20). Esta certeza, queridos hermanos y hermanas, ha acompañado a la Iglesia durante dos milenios y se ha avivado ahora en nuestros corazones por la celebración del Jubileo. De ella debemos sacar un *renovado impulso en la vida cristiana*, haciendo que sea, además, la fuerza inspiradora de nuestro camino. Conscientes de esta presencia del Resucitado entre nosotros, nos planteamos hoy la pregunta dirigida a Pedro en Jerusalén, inmediatamente después de su discurso de Pentecostés: « ¿Qué hemos de hacer, hermanos? » (*Hch* 2,37).

Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!*

No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz.

3. Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, Jesús de Nazaret: ¡Escuchadlo! pp. 368-369

- **La nube indicaba la presencia de Dios**

Teniendo en cuenta esta panorámica, volvamos de nuevo al relato de la transfiguración. «Se formó una nube que los cubrió y una voz salió de la nube: Este es mi Hijo amado; escuchadlo» (Mc9, 7). La nube

sagrada, es el signo de la presencia de Dios mismo, la shekiná. La nube sobre la tienda del encuentro indicaba la presencia de Dios. Jesús es la tienda sagrada sobre la que está la nube de la presencia de Dios y desde la cual cubre ahora «con su sombra» también a los demás. Se repite la escena del bautismo de Jesús, cuando el Padre mismo proclama desde la nube a Jesús como Hijo: «Tú eres mi Hijo amado, mi preferido» (Mc 1, 11).

- **Un imperativo: ¡escuchadlo!, porque Jesús es la Torá misma ², la misma palabra divina, la Torá viviente.**

Pero a esta proclamación solemne de la dignidad filial se añade ahora el imperativo: «Escuchadlo». Aquí se aprecia de nuevo claramente la relación con la subida de Moisés al Sinaí que hemos visto al principio como trasfondo de la historia de la transfiguración. Moisés recibió en el monte la Torá, la palabra con la enseñanza de Dios. Ahora se nos dice, con referencia a Jesús: «Escuchadlo». Hartmut Gese comenta esta escena de un modo bastante acertado: «Jesús se ha convertido en la misma Palabra divina de la revelación. Los Evangelios no pueden expresarlo más claro y con mayor autoridad: Jesús es la Torá misma» (p. 81). Con esto concluye la aparición: su sentido más profundo queda recogido en esta única palabra. Los discípulos tienen que volver a descender con Jesús y aprender siempre de nuevo: «Escuchadlo».

(...) En el monte experimentan que Jesús mismo es la Torá viviente, toda la Palabra de Dios. En el monte ven el «poder» (*dýnamis*) del reino que llega en Cristo.

4. Benedicto XVI, Mensaje para la Cuaresma 2011

- **El Evangelio de la Transfiguración del Señor: es la invitación a alejarse del ruido de la vida diaria para sumergirse en la presencia de Dios: él quiere transmitirnos, cada día, una palabra que penetra en las profundidades de nuestro espíritu, donde discierne el bien y el mal (cf. Hebreos 4, 12) y fortalece la voluntad de seguir al Señor.**
- El Evangelio de la Transfiguración del Señor pone delante de nuestros ojos la gloria de Cristo, que anticipa la resurrección y que anuncia la divinización del hombre. La comunidad cristiana toma conciencia de que es llevada, como los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan «aparte, a un monte alto» (Mateo 17, 1), para acoger nuevamente en Cristo, como hijos en el Hijo, el don de la gracia de Dios: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle» (v. 5). Es la invitación a alejarse del ruido de la vida diaria para sumergirse en la presencia de Dios: él quiere transmitirnos, cada día, una palabra que penetra en las profundidades de nuestro espíritu, donde discierne el bien y el mal (cf. Hebreos 4, 12) y fortalece la voluntad de seguir al Señor.

www.parroquiasantamonica.com

² Se llama Pentateuco al conjunto de los cinco primeros libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Los judíos (y también con frecuencia los cristianos) dan a esta obra en cinco partes el nombre de “La Ley” de Moisés, que en hebreo es *ha-Torah*. Fundamentalmente muestra cómo Dios actuó en la historia humana haciendo que surgiera el pueblo de Israel y enseña como la respuesta que éste debía dar a Dios. Por tanto, se presenta como el fundamento de la fe y de la religión de Israel. Esta Ley es, como enseña san Pablo, el pedagogo que nos lleva a Cristo (cfr. Ga 3, 24-25). “Del Mesías se esperaba que trajera una nueva Torá, su Torá”. “La «Torá del Mesías» es totalmente nueva, diferente, pero precisamente por eso «da cumplimiento» a la Torá de Moisés”, etc. (vid. Passim “Jesús de Nazaret).